

p. 12). Aún más, en ocasiones, por decoro, disfraza las referencias concretas a su momento, buscándoles origen clásico¹³. Son, pues, las *Empresas* no una imitación de innumerables fuentes, como hasta aquí ha dicho la crítica, sino una culminación en la tradición literaria del barroco, y Saavedra es el más genuino representante del ensayo filosófico español del siglo xvii¹⁴.

JOSÉ LUIS GÓMEZ MARTÍNEZ

The University of Georgia, Athens.

LA ÉTICA DE MACHADO

Antonio Machado, aquel hombre, en el buen sentido de la palabra, bueno, según se definiera él mismo en célebre ocasión, sorprende por el acendrado sentido ético que a lo largo de toda su vida manifiesta en verso y prosa. Éste es acaso uno de los secretos de su inmensa popularidad en el mundo de hoy, al siglo de su nacimiento y a los 40 años aproximadamente de su muerte. En una sociedad moralmente desquiciada, como es la española de hoy, la lectura y relectura de Machado reconforta; es una esperanza y casi una promesa de regeneración ética. El país que ha sido capaz de producir un Antonio Machado no puede perderse definitivamente en el fango de la ruindad, de la envidia y del abuso. Quizá lo que más ganemos o hayamos ganado en estos años con la frecuentación de Machado sea una confrontación decidida con nuestra propia desesperación. Creo que estas nociones son del dominio común, pero también que nunca se ha tratado de sistematizar las referencias, o mejor dicho, las manifestaciones machadianas de su propia intimidad ética¹.

Ya en las primeras poesías, las escritas al filo del 900, encontramos adjetivos pesimistas y dolientes (*amarga* tierra), suficientemente destacadas por la crítica; expresiones que pertenecen desde luego al horizonte lírico del Modernismo, pero no por ello hay que olvidar que esos adjetivos se dan en un momento inicial —y también ¡ay! ulterior— de Anto-

¹³ En la empresa VI hay un excelente ejemplo al particular. Saavedra está hablando sobre la poesía y la dedicación del rey a ella y dice: "No parece que conviene al príncipe, porque su dulzura suspende mucho las acciones del ánimo, y, enamorado de sus conceptos el entendimiento, como de su canto el ruisñor, no sabe dejar de pensar en ellos, y se afila tanto con la sutileza de la poesía, que después se embota y tuerce en lo duro y áspero del gobierno; y, no hallando en él aquella delectación que en los versos, le desprecia y aborrece y le deja en manos de otro" (I, p. 66). En una nota al margen de la página dice Saavedra que proviene de Aristóteles, pero ¿no pensarían así sin necesidad de conocer a Aristóteles, la mayoría de los funcionarios conscientes del reinado de Felipe IV?

¹⁴ Un resumen de este estudio, bajo el título de "Reflexiones ante las *Empresas* de Saavedra Fajardo", fue presentado como ponencia en Toronto (agosto de 1977), en el VI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas.

¹ Cf., sin embargo, GEOFFREY RIBBANS: *Antonio Machado (1875-1939). Poetry and integrity*, London, 1975.

nio Machado. A veces la tristeza del paisaje anímico, el amargor de los adjetivos, se quiebra de repente en un giro brusco, como un latigazo, expresión de ira y angustia, acaso todavía al principio inconcreta, pero que luego, con el madurar de los días y los años, se irá haciendo más consciente y no menos emocionada. Esta expresión brusca, a que me refiero, es en Machado esperpéntica (insisto: desde la hora inicial), y por ello el esperpento aparece como la primera vena o manadero de la conciencia ética del poeta. En «Arte poética»² se expresa así la “oración de la mañana”:

¡Oh para ser ahorcado, hermoso día!

La violenta contraposición entre los dos términos de este verso viene en cierta manera preparada por la contraposición anterior de *Amor, sombra florida, sueño de aroma, y andrajos, rencor, filosofía*, pero la sorpresa reveladora viene reforzada por el hecho de que el hermoso día, bueno para ahorcarse, rime precisamente con la palabra filosofía, la cual también inesperadamente forma serie con rencor y andrajos. En «Luz», dedicado a Unamuno (pp. 27-28), el poeta, preocupado por su autenticidad de hombre, se pregunta si no será su corazón, es decir su lira y su personalidad, sólo un histrión, un mimo de mojigangas huecas. Esta imagen teatral, en el mal sentido de la palabra, reflorcerá una y otra vez en Machado. En uno de los poemas recogidos en las *Soledades* de 1903, el titulado «La muerte» (pp. 40-41), lo irónico de las imágenes teatrales (juglar burlesco, amargo retablo de la vida, alegre farsa, aunque sueño), se transmuta de repente en un restallido de violencia callejera: el poeta quiere guardar en su memoria la imagen del burlesco juglar

..... por si acaso
te vuelvo a ver, canalla! ...

Esta indignación es de alcance metafísico, y aun doctrinal: baste pensar que el juglar tan duramente apostrofado es la muerte. Pero en Machado la visión esperpéntica incluye a su propia persona. En carta a Juan Ramón Jiménez, escrita hacia 1903-1904, Antonio Machado escribe: “Yo procuro calcar la línea de mi sentimiento y no me asusto de que salga en el papel una figureja extraña y deforme, *porque eso soy yo*”³ (p. 900).

Desde esta asunción total de humildad y de humanidad, el poeta puede ya salir hacia afuera, a descargar el látigo de su sátira sobre los demás, sobre los “borrachos de sombra negra”, los “pedantones al paño” la “mala gente” que “va apestando la tierra”. Esta objetivación del sentimiento, que anuncia a *Campos de Castilla*, como muy bien ha visto Antonio Sánchez Barbudo⁴, encuentra su compensación en la gente sencilla, el santo pueblo de años posteriores, que después de un intenso, pero

² ANTONIO MACHADO, *Obras. Poesía y prosa*, ed. de Aurora de Albornoz y Guillermo de Torre, Buenos Aires, 1964, p. 27. Todas las referencias a la poesía de Machado provienen de esta edición; el número de la página se incluye en el texto.

³ Subrayado del autor; la fecha 1903-1904 la dan los editores.

⁴ *Los poemas de Antonio Machado*, Barcelona, 1967, p. 124.

sobrio, ajeteo en la vida encuentra el descansadero de la muerte. Ahora estamos ante otra visión de la muerte, ya no la canallesca y apostrofada, sino la muerte amiga, ella misma Naturaleza, como las buenas gentes que la abrazan. Por esta ambivalencia de la visión de la muerte y de su presencia definidora de lo humano, es decir, lo del prójimo y lo mío, aquellos famosos versos de «En el entierro de un amigo», tantas veces acusados de prosaicos

Un golpe de ataúd en tierra es algo
perfectamente serio (p. 58).

resultan irónicos, y por su proyección ideal, esperpénticos. El amor mismo, en el recuerdo, adopta formas teatrales —figurillas de titerero— y el poeta se ve a sí mismo grotescamente como “fantasma irrisorio” que “besa un nardo”⁵. Esperpéntico es también, por la adjetivación deliberadamente exagerada, y rica de colorido, casi *fauve*, la descripción del sueño en el poema que empieza “El sueño bajo el sol que aturde y ciega”. Incluso la naturaleza entra en danza: el garabato de la estúpida cigüeña, la testuz feroz del toro abatida sobre la yerba, el jardín sombrío “dormido bajo el cielo fanfarrón” (p. 89). Cuando este poema se publicó en 1901, llevaba algunos versos adicionales, acertadamente suprimidos en ediciones posteriores, pero que tienen para nosotros el mérito de revelarnos el origen autobiográfico de la emoción: no obstante el aparente apartamiento descriptivo, la caricatura esconde, una vez más, el alma del poeta⁶.

Y bajo el encabezamiento genérico de *Humorismos, fantasías, apuntes*, encontramos títulos como «El cadalso» —chafarrinón de feria, con su aurora, lejana y siniestra—, «Las moscas», «Los sueños malos» —adivinación de la visita de la muerte, entre luz de pesadilla y reflejos cadavéricos en las cosas—, «Hastío» —el tictac acompasado (del reloj) odiosamente golpea— e imágenes y adjetivaciones, que van a lo mismo, al enfado existencial ante todas las cosas, aun vistas algunas en la lejanía, a través de las famosas galerías del recuerdo o del sueño: la copla plebeya del agua en la noria, el irremediable bostezo universal, el jardín del peluquero, las hojas en tiritona del naranjo en maceta, la luna, reluciente calavera, y esos versos finales de la «Fantasía de una noche de Abril», que estéticamente acaso no son los mejores, pero que copio por su aire antiguo, casi de rictus, en definitiva, teatral:

Ya muerta la luna, mi sueño volvía
por la retorcida, moruna calleja.
El sol en oriente reía
su risa más vieja (p. 90)⁷.

⁵ En el poema que empieza “Algunos versos del recuerdo tienen”, p. 77. Cf. el comentario de Sánchez Barbudo, *op. cit.*, pp. 67-68, a quien debo la idea de que el fantasma irrisorio es el propio poeta.

⁶ Pp. 965-966, en donde se reproducen los versos adicionales.

⁷ Los versos de la “Fantasía” en la p. 97, ya estaban en la primera versión de *Soledades* (cf. pp. 966-969).

Y allá al fondo, en las *Galerías*, nos sorprende de nuevo la adjetivación contradictoria y caricaturesca, con caricatura acaso autobiográfica: el buen burgués en su balcón, fumando su estoica pipa (p. 120). El poeta se encuentra preparado para el hondo diapasón de *Campos de Castilla* (1912), todo él surcado por una poderosa exigencia de autenticidad moral. *Campos de Castilla* es un ejercicio de intensa espiritualidad, de pesimismo histórico, porque todo está decaído y decrepito, y ya los antiguos gloriosos capitanes se han transformado en humildes ganapanes; de pesimismo también diríamos teleológico, porque la ley de la vida es vivir como se puede; pesimismo sociológico y político, pero también y sobre todo, siempre, libro de autenticidad⁸, de fustigación a lo Juvenal; y de esperanza en algo que parece que empieza, y por lo menos de confianza y descanso en la pobre gente, trabajadora y sufrida.

En este libro la emoción es directa, no obstante su objetivación, y la denuncia, clara. En él y con él, de la metafísica bajamos a la política. Y sin embargo podemos decir que toda la visión, en lo que tiene de negativa, es esperpéntica: es el papelón que se airea de la situación real de España. La denuncia lírica atenta a una realidad de poder: no será Machado poeta relamido, indiferente a su entorno, o con un Dios de comodín. En su interior la autenticidad poética es autenticidad moral, objetivada al ancho mundo. Lo dirá el poeta en un prólogo a *Soledades*, de 1917, es decir posterior a *Campos de Castilla*: monólogo íntimo, sí, pero para descubrir en él "las ideas cordiales, los universales del sentimiento" (p. 47).

Por tierras de España encuentra el poeta-conciencia páramos malditos, y en ellos un numen sanguinario y fiero, hombres malos, de alma fea —sin otro adjetivo—, pero eso sí, capaces de todos los vicios y todos los crímenes. Después el hospicio provinciano, administrativo y triste, amoral; y tras las ventanas, nuestro prójimo: "algunos rostros pálidos, atónitos y enfermos" (pp. 128-129). Luego, después de presentarnos «Un loco» (pp. 139-140), con su terrible cordura, a su manera de idiota —¡cuánta observación, cuánta geografía de España hay en estos versos!—, vemos el crimen de «Un criminal», el mismo crimen de «La tierra de Alvargonzález», en el cual —anotemos— no falta la frase vulgar e inmisericorde, esta vez a cargo de un ujier: "Va sin remedio al palo". El palo, es decir, la horca forma parte de la esencia, no sé si metafísica, pero sí por lo menos histórica, que es peor, de este pueblo (pp. 141-142):

Un pueblo, carne de horca, la severa
justicia aguarda que castiga al malo.

Todavía en este poema lo del pueblo carne de horca aparece en un sentido primitivo y terrible, pero justiciero. Machado se irá poco a poco inclinando a la otra versión, la de la gente del pueblo víctima de la justicia oficial, y la tratará con frecuencia en el futuro: símbolo quijotesco de su lucha por la justicia, se debate contra la así denominada en las

⁸ "Las encinas", p. 136.

gacetas oficiales. En el romance de Alvargonzález y en la narración en prosa del mismo tema, después de la muerte del padre por los hijos, la justicia oficial procede expeditiva: garrote vil a un buhonero que pasaba por allí —o bien horca, en la versión en prosa (pp. 154, 775).

En el «Poema de un día» (pp. 182-187), fechado en Baeza en 1913, entre muchos otros temas, transmite con gracia una conversación tópica sobre el tema de que la vida es un eterno san jorobarse, y para distraerse hablar de liberales y conservadores, que ellos sí, en otro plano, el de las esferas oficiales del lejano y casi quimérico poder público, siempre ganan, aunque en los comentarios *salgan* siempre de perros y ladrones. No hay nada que hacer mientras no cambiemos de plano y de método. Todo el fracaso del siglo XIX, todo el fracaso por lo menos de la Restauración, lo vemos en ese hombre del casino provinciano, aburrido y jugador, con la cabeza vacía; y en esa descripción de otro viaje por tierras de olivos: en la Torre de Pero Gil, bajo el castillo heroico, mendigos y chicuelos, una orgía de harapos; y un loco o tonto, Lucas, Blas, Ginés. Y un convento, al que apostrofa:

..... ¡Amurallada
piedad, erguida en este basurero!...

Machado rezuma sus famosas gotas de sangre jacobina, cierto anticlericalismo —el convento, símbolo interesado del estado social descrito— en una inesperada invocación final:

Esta piedad erguida
sobre este burgo sórdido, sobre este basurero,
esta casa de Dios, decid ¡oh santos
cañones de von Kluck!, ¿qué guarda dentro?

(pp. 191-192)

Recordemos, para que no haya duda sobre el sentido de esta súbita canonización, que Machado en 1919 se apresurará a celebrar el final de la primera guerra mundial, es decir, la estupenda noticia, la inesperada nueva, de que han caído en un basurero, precisamente en un basurero

la corona de Guillermo,
la testa de Nicolás! ⁹

Es la visión caricaturesca de Don Guindo, el señorito andaluz, juerguista y rezador (juventud y vejez). Sólo la muerte nos libera de él:

Buen don Guindo y equipaje,
¡buen viaje!...

(pp. 192-194)

La visión de la España de charanga y pandereta, que va a los toros y también a la sacristía, aburrida y beata, viciosa y triste, España a la ⁹ *Nuevas canciones*, pp. 266-267.

que se contrapone otra España que nace, joven y a la vez consustancial con lo que con palabra de la época se llama la raza, una España dinámica que golpea:

Una España implacable y redentora,
España que alborea
con un hacha en la mano vengadora,
España de la rabia y de la idea ¹⁰.

¿En qué está pensando Machado en 1913, al escribir estos versos? Nos ha hablado del cincel y de la maza, lo cual nos llevaría a pensar en la clase obrera, intelectual y creadora; pero esta interpretación es seguramente excesiva: Machado se refiere más que nada a una intuición, a una necesidad ética de que el cambio se produzca. De la misma fecha, 1913, es el gran poema «Desde mi rincón», dedicado a Azorín con motivo de su libro *Castilla*. En el «Envío» invita a Azorín a abandonar su reaccionarismo, más o menos libertario, en nombre precisamente de la España que nace y que puede ser ahogada por la España que bosteza. Hay que acudir, dice,

con el hacha y el luego al nuevo día,
oye cantar los gallos de la aurora...
(pp. 218-220)

El poema «Una España joven», de 1915, la contrapone a la España de Carnaval vestida, pobre, escuálida y beoda, e invita a la “juventud más joven” a acudir a su aventura. Es el tema de todos estos años. En 1914 Machado se alegra de que España no entre en la primera guerra europea (p. 221), si ello es signo de que empieza a reconcentrarse para hacer su propia guerra, la catarsis salvadora a la que tiene derecho ¹¹. Es la necesidad de la revolución, a la que ya me he referido en otro sitio, y por ello no voy a insistir ¹². Sólo diré que no todo es creencia firme; también dudas y desengaños. Y mientras la revolución se hace, nos propone, entre otros, el ejemplo de Don Francisco Giner de los Ríos:

Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma ¹³.

Algunos de los *Proverbios y cantares* expresan admirablemente la tremenda desazón de Machado ante la sociedad de su época. Veamos solamente dos, el VI

De lo que llaman los hombres
virtud, justicia y bondad,
una mitad es envidia,
y la otra no es caridad,

¹⁰ “El mañana efímero”, poema dedicado al periodista republicano Roberto Castrovido, pp. 196-197.

¹¹ “España en paz”, fechado en Baeza, 1º de noviembre de 1914, pp. 222-223.

¹² Cf. mi libro *Antonio Machado*, 2ª ed., Barcelona, 1970.

¹³ “A Don Francisco Giner de los Ríos”, pp. 214-215.

y el VII, esperpéntico en su concisión:

Yo he visto garras fieras en las pulidas manos;
 conozco grajos mélicos y líricos marranos...
 El más truhán se lleva la mano al corazón,
 y el bruto más espeso se carga de razón
 (pp. 198-199).

La lucha contra la iniquidad, y el amor al prójimo, son también temas de sus cartas de estos años, vísperas de la Gran Guerra: "No es cuestión de amor propio sino de amor al prójimo. Este régimen de iniquidad en que vivimos empieza a indignarme", escribe a Juan Ramón Jiménez en 1912. Y poco más adelante: "Hay que defender a la España que surge, del mar muerto, de la España inerte y abrumadora que amenaza anegar todo" (p. 904). Los textos pudieran multiplicarse. Pero entreverados con ellos se encuentran las referencias de amor y esperanza, la humilde encina campesina, la monjita bonita vista en un viaje en tren, las doncellas de un paisaje casi idílico de Pascua de Resurrección, la madre de los Alvargonzález, los gañanes y braceros que trabajan en el olivar, la mujer manchega, la mariposa de la sierra, y siempre, el paisaje varonil y guerrero de Soria y de Castilla, paisaje en el que a veces la primavera crea un milagro.

Y de nuevo su bufón esperpéntico, grotesco y deforme, feo y barbudo, chiquitín y panzudo, el bufón de sus sueños —ya no la muerte, sino la muerte y la vida a la vez, suprema ironía¹⁴. El bufón de sí mismo le visita de nuevo en «La luna, la sombra y el bufón», escrito al parecer hacia 1920, e incluido en *Nuevas canciones* (p. 242). Lo recordará otra vez en el extraordinario «Recuerdos de sueño, fiebre y duermevela» —del que existe una redacción en prosa muy anterior¹⁵— notable creación esperpéntica, valleinclanesca, angustia de ser sambenitado, de ser ahorcado a la española, precisamente por ser inocente, mientras la reventa la hacen los curas (durante mucho tiempo, la censura suprimió estos versos de las *Obras completas* de Machado). Ni por un momento se trata de vulgar anticlericalismo, sino de una gran creación estética, acaso a la manera de poetas más jóvenes, pero como siempre en él con una honda meditación de la muerte.

En este libro de las *Nuevas canciones*, considerado sólo desde el punto de vista ético, Machado parte de que ha desaparecido la España de Mérimée, es decir, la romántica y convencional, auroleada por la distancia, pero que sin embargo perdura la ecuación notario-boticario-tresillo y usurero-rosario¹⁶. Continúa, pues, la España caciquil, y Machado aplaude a la gente sin librea, como Grandmontagne¹⁷, y censura con Juan de Mairena a los señoritos que componen versos¹⁸.

¹⁴ "Mi bufón", p. 214.

¹⁵ Pp. 332-339 y 784-787. (*Fragmento de pesadilla*, en prosa, fechado en Baeza, 3 de mayo de 1914).

¹⁶ "Hacia tierra baja", pp. 237-238.

¹⁷ "En la fiesta de Grandmontagne", pp. 275-277.

¹⁸ "La metafísica de Juan de Mairena", p. 322.

El mundo mental de Machado se agranda y ahonda. Con Abel Martín y Juan de Mairena estamos ya ante la magna creación de los apócrifos, que llenará sus últimos años de vida. Abel Martín es Machado mismo, afirmando, con nuevo ropaje, su vieja creencia. Dejando de lado la cuestión estética, que ahora no nos incumbe, Machado recuerda

...que Abel Martín no cree que el espíritu avance un ápice en el camino de su perfección ni que se adentre en lo esencial por apartamiento y eliminación del mundo sensible. Éste, aunque pertenezca al sujeto, no por ello deja de ser una realidad firme e indestructible; sólo su objetividad es, a fin de cuentas, aparental; pero, aun como forma de la objetividad —léase pretensión a lo objetivo—, es, por más cercano al sujeto consciente, más sustancial que el mundo de la ciencia y de la teología de escuela: está más cerca que ellos del corazón de lo absoluto¹⁹.

Para Abel Martín “el gran incentivo del amor” no es la belleza, “sino la sed metafísica de lo esencialmente otro” (p. 300). De aquí la teoría de la sexualidad humana, equilibrio entre imaginación y animalidad, esencialmente proyección subjetiva, que Abel coloca también en el plano de la obligación moral. El amor, y sus irregularidades, es también cosa de conciencia, en lo que Abel Martín discrepa de las escuelas psiquiátricas del subconsciente. La suprema independencia de pensamiento será una de las grandes lecciones de los apócrifos. Por ello no es extraño que en un «Diálogo entre Juan de Mairena y Jorge Meneses» encontremos una neta condenación del hombre manchesteriano (pp. 324-325).

La lírica moderna, desde el declive romántico hasta nuestros días (los del simbolismo), es acaso un lujo, un tanto abusivo, del hombre manchesteriano, del individualismo burgués, basado en la propiedad privada. El poeta exhibe su corazón con la jactancia del burgués enriquecido que ostenta sus palacios, sus coches, sus caballos y sus queridas.

El sentimiento debe ser a la vez individual y genérico.

Cuando el sentimiento acorta su radio y no trasciende del yo aislado, acotado, vedado al prójimo, acaba por empobrecerse y, al fin, canta de falsete. Tal es el sentimiento burgués, que a mí me parece fracasado; tal es el fin de la sentimentalidad romántica. En suma, no hay sentimiento verdadero sin simpatía, el mero *pathos* no ejerce función cordial alguna, ni tampoco estética.

Y más adelante prosigue Meneses:

Una nueva poesía supone una nueva sentimentalidad y ésta, a su vez, nuevos valores. Un himno patriótico nos conmueve a condición de que la patria sea para nosotros algo valioso; en caso contrario, ese himno nos parecerá vacío, falso, trivial o ramplón.

¹⁹ “De un cancionero apócrifo. Abel Martín”, p. 298.

Pudiéramos decir que de aquel verso del "Retrato" de *Campos de Castilla* "Desdeño las romanzas de los tenores huecos" se ha desprendido toda una Ética. El gran libro de madurez *Juan de Mairena* está ya gestándose. Subrayemos de paso la importancia del pensamiento de Machado en estos años, que alguna crítica beocia ha querido minimizar, lamentándolo mucho con hipócrita ademán. No podía faltar tampoco el auto-esperpento en el poema «Mairena a Martín, muerto». El desdoblamiento de Machado en varios personajes le permite contemplarse muerto, sacar la resultante de su vida:

Del juglar meditativo
quede el ínclito ideario
para el alba que aún no ríe;

es decir para ese mundo futuro, intuído, de la nueva sentimentalidad, de los nuevos valores humanos; y a la vez el desdoblamiento le permite burlarse, una vez alcanzada imaginariamente la perspectiva futura, del gesto de sí mismo, hombre de barro, en el mundo periclitado:

y el muñeco estrafalario
del retablo desafie
con su gesto el sol gregario.

A la ironía en verso sigue la ironía del comentario en prosa, verdad o mentira, lleno de insinuaciones de mundos irreales (pp. 313-314).

La ironía es también elemento capital de *Juan de Mairena*, libro publicado como tal en 1936 —y luego continuado—, aunque recoge artículos de años anteriores.

Juan de Mairena es un inteligente observador de las costumbres morales de su época, un agudo comentador de las mismas, siempre atento a las mil motivaciones de las acciones humanas y a su carácter esencialmente cambiante, movedizo, y a la vez desde una perspectiva *sui generis* española y cristiana, humanista, un hombre que postula y exige la vieja moral de la dignidad humana. Es siempre agudo, irónico, amable, parece como al margen de las cuestiones más debatidas, pero siempre certero. Por ejemplo, en su tiempo se elogiaba la virtud del trabajo, fuente de toda felicidad. Los holgazanes no tienen derecho a participar de los bienes creados por el trabajo ajeno. Pero evidentemente —razona Mairena— los holgazanes, al aumentar la parte de trabajo que les toca hacer a los demás, aumentan proporcionalmente su felicidad. Conclusión: el canto al trabajo es propio de la burguesía. Está bien mientras no suene a canto de forzado o a canción de negrero (pp. 361-362).

La utilización de los recursos del idioma es una de las características más atrayentes de este pensador heteróclito. Al hombre público, decía, y en especial al político hay que exigirle fidelidad a su propia máscara, porque todo en la vida pública es cuestión de máscaras. Conviene que cada cual se haga la suya, y no demasiado ajustada, porque llegará el momento en que *hay que dar la cara* (p. 362).

Mairena veía cernerse sobre Europa y el mundo una catástrofe moral de proporciones gigantescas, en la cual, decía, sólo quedarán en pie las virtudes cínicas (pp. 388, 470). Encontraba reflejada la ética popular española, la esencial dignidad del hombre, que era su prédica, en la frase: Nadie es más que nadie²⁰. Orgullo modesto, español y cristiano, según decía. Frente al pesimismo habitual, de España tenía Juan de Mairena una idea reconfortadora: nada de patrioterías, nada de jaleos huecos, pero a nivel de pueblo profunda simpatía, reconocimiento explícito de las virtudes humanísimas del español medio. No es con pedantería como se resuelven las cosas, ni convirtiendo la patria en una sociedad anónima a la que exprimir, sino con la verdad, con la autenticidad de hombre a hombre²¹. Por ello rechaza siempre Machado-Mairena el concepto de *masas*, aplicado a los seres humanos, y a la vez la degradación de la cultura, so pretexto de extenderla en nombre de una falaz democracia (p. 404). Mairena mide muy bien sus palabras y sabe lo que significan, al contrario de los políticos al uso, que piden prestada una máscara —como quien toma una librea— y no saben lo que dicen. Se avecinan tiempos duros, dice este profeta de la Segunda Guerra Mundial y de sus barbaries, tiempos de persecución de la libertad de pensamiento, en nombre precisamente de lo que llama dioses ocultos, mucho más peligrosos y crueles que los que reciben culto oficial (p. 426).

Cambiar de dioses: he aquí la empresa verdaderamente grande, y peligrosa, pero teniendo cuidado de que los viejos no se presenten como nuevos. El *nosce te ipsum* resulta ya insuficiente, y Mairena aconseja a sus discípulos la vuelta a la sofística, a la fe protagórica en el hombre como medida universal de todas las cosas (p. 443). Buscar nuestras propias creencias, no servir las demasiado pragmáticas de las religiones ya existentes: por encima de todo, suprema virtud moral, luchar contra la hipocresía (pp. 469-470).

Machado postula un cristianismo interiorizado, basado precisamente en el amor al prójimo, en la doctrina martiniana de la esencial heterogeneidad del ser. Es una doctrina que conduce, o está influida por el socialismo tolstoyano, mientras que la oleada cínica se llama o se dirige hacia el marxismo. Este es el sentido de la famosa "plancha" de Juan de Mairena y de su maestro Abel Martín²². Durante la Guerra Civil, en sus artículos de continuación del *Juan de Mairena* insistirá en el valor ético del cinismo²³, en las relaciones, que tanto le preocupan, entre Moscú y el Cristo (p. 577). Una conferencia *Sobre literatura rusa*, que se remonta a 1922, resalta el valor de justicia fundamental, que es el amor cristiano a los humildes, que se desprende de esta literatura. Si la gran Revolución rusa fracasa —repito que son palabras de 1922— se lo deberá al marxismo (pp. 814-819). ¿Habrá tenido Machado en estos años una tentación anarquizante, populista y socialrevolucionaria? Im-

²⁰ P. 369 y "Desde el mirador de la guerra", p. 678.

²¹ *Juan de Mairena*, pp. 392 y 473.

²² P. 365. Sobre marxismo y cristianismo en Machado, cf. el cap. IV de mi libro cit., *supra*, nota 12.

²³ "Sobre las creencias", pp. 544-546 y "Ola de cinismo", pp. 547-548.

posible saberlo, mientras no podamos reconstituir su biblioteca, o aparezcan cartas u otro tipo de documentos. En 1934, en todo caso, al plantearse el mismo problema, es decir que el ruso empieza donde acaba el marxista, y sin embargo Ruisia se ha hecho marxista, expresa su pesimismo en que el país de la Revolución pueda crear una nueva lírica cristiana, y no obstante, estudiando a Lenin "se presiente una reacuñación cordial del marxismo por el alma rusa, que puede ser cantora lírica y comunista en el sentido humano y profundo de que antes hablamos"²⁴.

En una carta a Unamuno, de 1918, Antonio Machado había expresado su creencia de que "el tolstoísmo salvará a Europa, si es que ésta tiene salvación", y le había expuesto su doctrina cristiana de humildad y amor fraternal, que es el amor a Dios. "¡Guerra a Caín y viva el Cristo!"²⁵.

De los artículos de *Juan de Mairena* no se desprende, sin embargo, un franciscanismo de resignación. En su primera venida, el Cristo predicó humildad a los poderosos: "Cuando vuelva, predicará el orgullo a los humildes". Palabras repetidas de nuevo en la continuación del *Juan de Mairena* (pp. 483 y 525).

Mariena sabe que su misión es la formación de hombres (pp. 493-494), recuerda de pasada la solemne tristeza de nuestras aulas (p. 502), y conduce su mayéutica hacia dos polos: la dignidad del hombre, y del hombre español como caso particular (p. 514), y la meditación sobre la muerte. La muerte en general, como metafísica, y la del prójimo, la muerte pensada y el sentimiento de la muerte. A Mairena le preocupa que las noticias de grandes batallas, con miles y miles de muertos, no nos quiten el sueño, mientras que la muerte de un perro a nuestro lado nos hace llorar. Pero rechaza las plañideras por inoportunas, porque van a hablar los cañones (pp. 511 ss.). Es curioso que un pensamiento semejante, más desarrollado, encontramos en una carta de Rosa Luxemburg a Luisa Kautsky, de 1917: podemos *comprender* las grandes catástrofes, no dejarnos caer en la miseria de cada día. Rosa pensaba en Goethe²⁶. ¿En quién podía pensar nuestro Machado?

Con la exaltación de la dignidad del hombre empieza también la continuación del *Juan de Mairena*²⁷ y los artículos *Desde el mirador de la guerra* (p. 604). Encontramos ahora los mismos temas de amor y de ética, ética del Cristo contrapuesta a la pagana. Si acaso en estos años de guerra, Machado insiste más que antes en las virtudes éticas, en el supremo valor de la Ética. Se nos vuelve a hablar de la Alemania guerrera, de la jactancia ético-biológica de Zaratustra, de Heidegger y la vida vivida a la luz de la muerte, del *consuelo de rebeldía* unamuniano de la vida ante la muerte²⁸. El descontento es ahora el fundamento de la ética (p. 574), junto a la vieja noción del *orgullo modesto*. A nivel nacional

²⁴ "Sobre una lírica comunista que pudiera venir de Rusia", pp. 859-861.

²⁵ Fechada en Baeza, 16 de enero de 1918; pp. 922-925.

²⁶ Rosa Luxemburgo, *Lettres a Karl et Luise Kautsky*, París, 1970, pp. 118-119.

²⁷ *Consejos, sentencias y donaires de Juan de Mairena y de su maestro Abel Martín*, p. 527.

²⁸ *Ibid.*, p. 565.

e internacional, la paz a ultranza, la paz de los pacifistas es injusta, porque la paz no puede ser un equilibrio entre iniquidades (pp. 553 s.). Pensar es amar la verdad, y no el enaltecimiento de nuestras personalidades; toda filosofía trata de extirpar el amor propio, sin conseguirlo nunca del todo, pero Juan de Mairena nos aconseja una vez más que no nos convirtamos en abogadetes de nosotros mismos. Hay demasiada vanidad, demasiada petulancia a nuestro alrededor. Nuestras acciones, las acciones humanas, deben nacer de una profunda aspiración ética, la que Machado-Mairena cree ver encarnada en la vieja y familiar figura del Cid, o en los milicianos que van a la guerra con convicción moral (pp. 591, 598).

Los temas de *Desde el mirador de la guerra* son también un angustioso *ritornello* de la necesidad de justicia, y de condenación de la injusticia, llámese Sociedad de Naciones o pacto de No Intervención. La aspiración individual de ética se hace ahora con todo el cuerpo social, se eleva a tragedia en aquellos años de la tragedia española. Pero Machado no olvida la sonrisa, su sonrisa de *kore* antigua, la sonrisa de Madrid: "Hay en la sonrisa madrileña una lección de moral, de dominio del hombre sobre sí mismo, que pudiera expresarse: a mayor esfuerzo mayor jactancia"²⁹.

Al llegar la hora de su muerte, Antonio Machado pudo rememorar aquellas palabras que él escribiera para testificar la de Valle-Inclán: fue siempre "un caballero sin mendiguez ni envidia"³⁰. ¿No es esto una suprema lección de moral, a la española universal?

ALBERTO GIL NOVALES

Universidad Autónoma de Barcelona.

²⁹ *La sonrisa madrileña*, pp. 675 s. El mismo combate contra la iniquidad encontramos en *Prosas y poesías olvidadas* recogidas y presentadas por Robert Marrast y Ramón Martínez-López, Centre de Recherches de l'Institut d'Études Hispaniques, Paris, 1964.

³⁰ *Juan de Mairena*, p. 492.